

A D. Pablo Antón Solé:

Conozco a D Pablo Antón Solé, de trato y conversación, hace ya un cuarto de siglo. De vista, hace más tiempo.

Recuerdo visiones juveniles que me lo traen a la retina de la memoria deambulando por los patios de la antigua fábrica de tabacos de Sevilla. Pablo, por aquel entonces fumaba. Pero no fumaba en la fábrica sino en lo que aquella fábrica dieciochesca se había transformado a mediados del siglo XX: en universidad tras el traslado de su vieja sede de la calle Laraña.

Deambulaba por los patios y galerías de la facultad de Filosofía y Letras. Aun sin sotana ni hopalanda, me pareció hombre clérigo con aspecto de archivero o bibliófilo. Mi intuición, años más tarde corroborada, dio en el blanco. Fue certera.

Supe, ya en Cádiz y como compañeros, que era canónigo archivero. Como compañero bueno y, en cuanto bueno, amigo.

No he tenido muchos amigos curas a lo largo de mi ya algo luenga (Dios quiera que lo sea aún más) vida. Mi condición de hombre libre pensador, me autolimita en lo referente a relaciones indiscriminadas con el estamento clerical. De aquí por tanto, que mi asistencia a misa no sea ni diaria ni semanal, lo cual, como él bien sabe, no ha entorpecido nuestras óptimas relaciones laborales y personales. A pesar de ello, recuerdo misas que me han sido inolvidables por uno u otro motivo.

Aquella en el monasterio de Las Huelgas, junto a los sepulcros de sus fundadores D. Alfonso VIII rey de Castilla, tan disputado en su nifez por las nobles familias de los Lara y los Castro, que ya casi sesentón lograría vencer a los almohades en Las Navas de Tolosa el

veinte de junio de 1.212, y de su mujer Dª Leonor de Inglaterra.

Aquella otra de Yuste, última morada del César Carlos de Habsburgo, con quién me dio la impresión de estar hablando de las cosas de Dios.

La oída en una pequeña iglesita (porque era minúscula) prerrománica próxima al monasterio de La Liébana de cuyo nombre y advocación no puedo acordarme... En ella hablé muy quedo, pero largo y tendido con mi Dios. Y muchas cosas me dijo...

Y entre estas y otras que puedo contar con los dedos de las manos, una oficiada por mi colega, en el plano temporal, Pablo Antón, muy recuperado ya de su grave enfermedad contra la que siempre ha luchado con constancia y heroicidad encomiables.

Asistimos pocos: Pablo como oficiante sobre un improvisado altarcete compuesto en su despacho-biblioteca. Su hermana Aurora, abnegado y sempiterno lazarrillo, una o dos personas más de su familia, el gato, también de la casa, y yo, que no soy cura ni de la casa, pero sí amigo, porque así nos consideramos ambos. En ella, con sinceridad, no puedo decir que mi espíritu se elevara hacia las alturas. El que se elevó inopinadamente y con la agilidad propia de su género felino fue el gato. De un salto, silencioso, respetuoso y devoto, se puso de cuatro patas pero casi genuflexo, sobre la parte derecha de la pequeña ara.

Quiere asistirle como monaguillo, me dije, al verlo acariciar con la cola el libro de misa intentando pasar la hoja. Pablo, impertérrito, lo miró agradeciéndole el gesto y el espontáneo ayudante, obediente y sumiso, se bajó e intentó hacer sonar la campanilla. Después,

todo siguió con recogimiento. Pablo: Esa misa que tú celebraste fue célebre para mí.

Pero D. Pablo Antón es más que cura. Es canónigo de la catedral de Cádiz, y, en plano civil, profesor doctor de la universidad de la ciudad, como todo el mundo por estos pagos y andurriales, sabe, a consecuencia de su labor docente e investigadora.

Desarrolló aquella, en gran parte, en la Escuela Normal Josefina Pascual, llamada después Escuela Universitaria de Magisterio y hoy (nominalismo de mi tocayo Occam) Facultad de Ciencias de la Educación. Bajo este nombre pierde (tras muchos años de servicio y jubilación) a uno de sus más representativos profesores de las últimas décadas. Su amplia y variada obra historiográfica trasciende el ámbito local, provincial y regional, y alcanza conocimiento y valoración hasta tierras más allá de la lontananza. En relación con ella, hito que deja especial huella, es su conocida tesis doctoral sobre la Iglesia gaditana en el siglo XVIII, leída en la Facultad de Geografía e Historia de Sevilla el 24 de junio de 1992, y dirigida por D. José Luis Comellas García-Llera, del que yo también tuve la suerte de ser alumno y del que tanto aprendí en todo. En el prólogo a la tesis, Comellas alude a caracteres personales de Pablo que (méritos historiográficos aparte) son ciertos y fácilmente constatables. Incido en ellos porque en mi escala de valores, los humanos prevalecen sobre los supuestos profesionales. Primero se es persona y después se ejerce una profesión. La persona es esencia y la profesión accidente. No al revés como hoy día (contra natura) algunos se empeñan en intentar convencernos.

Alude Comellas, en cuanto a las condiciones de Pablo, a su talante abierto, receptivo, sencillo, y a su lucidez mental. Alusiones con las que coincido y a las que añado otros valores, entre ellos varios, que debieran ser eternos. Pablo es sincero. Pablo tiene dos virtudes

(además de ser un gran trabajador) que, por desgracia, escasean. Una es su sutil humor y su sutil sentido del mismo. Otra, el saber escuchar a las personas y no olvidárselas las cosas que dicen, lo cual, en el fondo, no es más que respeto y consideración a las personas que lo rodean.

Nos hemos reído muchas veces juntos y Dios quiera que nos sigamos riendo. Cuando un compañero tiene estos caracteres y además delicadeza es fácil ser amigo de él. Lo seguiremos siendo porque Pablo, aunque cese en la docencia oficial, será siempre un maestro que trabajará y del que se aprenderá.

Te jubilas como funcionario pero no como persona, como cura ni como amigo "*Sit tibi vita longa*".